

Dijéronme que aquella cavidad era más grande que la del otro templo y guardaba análogas ofrendas, sin encerrar más que un bastón de brasil, emblema de la dignidad y poder del dios. En ciertas ocasiones se ofrece de comer á ambos ídolos, con hechizos apropiados al caso.

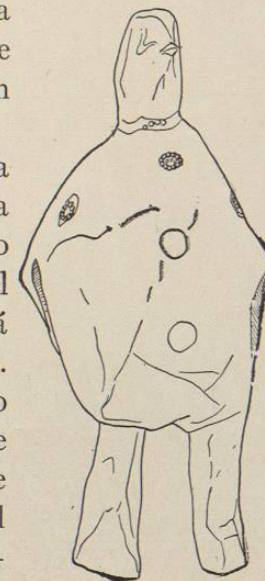
Cuando visité por segunda vez el valle, en 1898, ya no estaba la estatua en su lugar, pues un día se encontraron los indios con que el ídolo había desaparecido y el disco estaba cubierto de tierra. Aunque no querían ó no podían dar explicaciones sobre el particular, supe en otra parte que la estatua había ido á poder de un distinguido viajero.

Pregunté una vez á un inteligente huichol: "¿Porqué hay tantos ídolos del Dios del Fuego? ¿Son también muchos los dioses del Fuego?" "Pasa lo que con los santos," me contestó; "hay muchas imágenes de la virgen, y una sola Virgen de Guadalupe. Tatevali, nuestro padre el Dios del Fuego, está tan lejos de aquí que no podemos verlo, y el que lo viera, se asustaría. Por eso adoramos sus imágenes. Cada año hacemos una nueva porque las viejas ya no sirven; además, se desaparecen muchas veces cuando no les cumplimos sus deseos."

Todo el fondo del templo estaba lleno de objetos simbólicos, depositados en muestra de adoración ó súplica por los crédulos fieles. Las flechas ó jaras, con todos sus accesorios, se podrían contar por centenares, clavadas en su mayor parte sobre los asientos de pequeños equipales, y unidas de tres en tres con otra colocada detrás. Dijéronme que dicha disposición era especial para este dios. El interior ofrecía una curiosa exhibición de toda suerte de objetos ceremoniales imaginados por la fantasía de los sacerdotes, siendo los colores predominantes el rojo y el azul. Para el etnologista era aquello un verdadero tesoro de curiosidades, y tuve la fortuna de que los indios me permitiesen tomar cuanto quise, pues no se oponen los huicholes á desprenderse de lo que lleva tiempo de haberse ofrendado,

ya que lo importante para ellos es que el sacrificio se haya hecho y haya sido aceptado por el dios. Aun en el caso que tomara un coleccionador alguna ofrenda reciente, los indios no lo verían con buenos ojos, pero no temerían ningún mal resultado, desde el momento que han cumplido con su deber; la dificultad sólo existiría entre el dios ofendido y el hombre sacrílego, que sería castigado con alguna enfermedad ó un accidente.

Entre los objetos que escogí, había un pequeño disco de ceniza volcánica solidificada que había sido colocado sobre el disco principal enfrente del ídolo, y servido para sentar ó parar á los niños que bañaban en el templo. Obtuve también una figura de barro de la Madre de los Dioses que me encontré en el suelo, precisamente detrás de la de su hijo el Dios del Fuego. Dicha imagen se había fabricado algunos años antes en Santa



Representación en madera de un guacamayo. Catarina como símbolo suplicatorio para conseguir que lloviese. El ídolo había sido rociado con la sangre de un buey sacrificado á la diosa. En una fiesta le habían arrancado los dos brazos y llevadoselos como amuletos favorables para les cosechas. Hallé también en el suelo un guacamayo de madera, ave perteneciente al Dios del Fuego, á causa de sus brillantes plumas rojas, que estaba representado en pie y pintado de rojo, simulando más bien la tosca figura de un soldado.

Á petición mía, consintieron los indios en sacar la estatua del Dios del Fuego fuera del templo para fotografíarla. Sacaron asimismo algunos equipales y otros objetos, que pusieron en fila, colocándose detrás los indígenas principales. El sombrero de alta copa y estrecha falda

que se ve en el grabado sobre la cabeza del guardián del dios, fue el único que encontré de esa especie. Su altura es de cerca de quince pulgadas, y según me dijeron, los usaban antiguamente los naturales de importancia, aun más altos y terminados en punta.

Mis compañeros, ansiando bañarse en las *cutsalas* ó fuentes sagradas, estaban impacientes por bajar á las cuevas de la orilla del río cuyo grato rumor nos llegaba. Como la posición del sol era desfavorable por el momento para tomar la fotografía del lugar, resolví no hacerlo sino



Disco usado como asiento para los niños. Diámetro, 8.6 cm.

hasta en la tarde, al regresar de la excursión á la parte superior del valle. Al bajar, pasamos junto de un montón de objetos rituales desechados de los adoratorios. Notábanse entre ellos numerosas cornamentas de venado, muchas adheridas todavía á los cráneos, ya blancos, de los animales sacrificados en adoración ó en ofrenda para tener buena suerte en la caza. Á veces, ofrecen también cabezas de ciervo cubiertas con su piel y empajadas.

Los naturales echaron á correr adelante y pronto desaparecieron de mi vista, pero no me fue difícil llegar al río cuyas aguas se deslizaban bajo sombreros árboles. ¡Qué frescura la del verde follaje y qué grata humedad la de las angostas gargantas! Remonté la corriente, saltando de piedra en piedra ó trepando entre las enormes raíces de los álamos, descubiertas por las avenidas, y á los pocos minutos alcancé á los indios, que estaban ya lavándose afanosamente cabeza, brazos y pecho con el agua que goteaba del techo de una gran caverna. Á ninguno se le ocurría refrescarse bañándose en el río, pues no era la satisfacción física lo que buscaban, sino la práctica religiosa, y por lo

mismo se habían dirigido á toda prisa hacia la primera gruta donde caía el agua sagrada sobre cuatro pequeñas eminencias de la roca, con sendas depresiones naturales en la punta. Cada depósito pertenece á uno de los dioses principales, y junto á uno había una ofrenda de flores que se conservaban frescas por el rocío constante del agua.



Estatua antigua del Dios del Fuego.

Los indios elogiaban con entusiasmo las virtudes de aquella agua, asegurando que les hacían mucho bien las pequeñísimas dosis que se aplicaban exterior é interiormente. Les parecía sobrenatural que no cesara el gotear ni en tiempo de secas, según me lo afirmaban con íntimo orgullo. Aconsejaronme también con insistencia que pusiera la cabeza bajo una de las goteras para conservar mi salud y prolongar mi vida. Hícelo de buen grado, pero fue más de mi gusto refrescarme después toda la cara en la corriente cristalina del río. En tiempo de lluvias, sube en ese lugar el agua como diez varas sobre el nivel normal, y entonces no tienen evidentemente los dioses el poder suficiente de defender lo que les pertenece, pues vi muchas ofrendas regadas á lo largo de la orilla.

La gruta que visitamos en seguida, dedicada á la Diosa de las Nubes Occidentales, está situada como á doscientas yardas arriba, en un sitio muy pintoresco, donde se cierra



Cabeza de ciervo dentro de un lazo, usada como plegaria.

la garganta y caen sobre las rocas los raudales de la montaña formando cascadas. Sólo se podría trepar más dando rodeos. La cueva era alta y espaciosa, pero oscura, porque la luz tenía que penetrar por los costados de una enorme piedra que obstruía la entrada. Seguí á los indios por aquella oscuridad hasta el rincón más profundo, donde me señalaron dos pequeños charcos de agua, ninguno mayor de un pie de anchura, los cuales, por el hecho de no secarse nunca, son el milagro de la localidad. Dichos manantiales constituyen la morada de dos diosas del agua que una vez fueron allí vistas en forma de culebras. Mis amigos cogieron en el hueco de la mano algunas gotas de aquella agua que apuraban con sus labios como si hubiera sido el vino más delicioso. Decían sus plegarias en alta voz y con mucho entusiasmo pero con espíritu jovial y risueño, nada solemnes ni serios.

Encendí un cerillo para ver los objetos dedicados á las deidades, y vi que consistían en algunas flechas ceremoniales y jícaras votivas. Casi exhausto de calor, hambre y fatiga, me contrarió mucho no encontrar sino aquel par de insignificantes charcos en una cueva oscura. Tan pesada capa de tinieblas y superstición deprimían mi ánimo y me ponían impaciente por volver afuera, al seno de la naturaleza, de la que se divisaba un paisaje encantador por un lado del pedrusco que cerraba la entrada. Véase una hermosa cascada formada por la corriente al precipitarse

al hondo lecho de roca, de donde el agua proseguía mansamente su curso bajo la intensa luz del sol. No había árboles ni yerba, pájaros ni animal alguno que alegrase la vista; pero el cuadro que aparecía fuera de los lóbregos límites de la caverna, era verdaderamente seductor, y la



En la cueva del agua lustral.

brillante superficie del agua que rápidamente iba deslizándose me incitaba con su grato murmullo á seguirla hacia un mundo mejor.

En una visita que posteriormente hice á este valle, presencié el baño de un niño en la misma cueva á que acabo de referirme. No bien hube franqueado el sagrado recinto, escuché los gritos de un chico, resonando en la gruta de la madre de los Dioses. Los padres de la criatura, según me informaron, habían ido á hacer la acostumbrada peregrinación á los lugares sagrados para bañar en la santa fuente á su pequeña niña, y ofrecerla á todos los dioses.

Débase ir primeramente á la cueva de la Madre de los Dioses, y luego á Te-acata, donde el niño es presentado al Abuelo Fuego, al Padre Sol y á la Diosa del Maíz. Habían bañado á la criatura enfrente de cada uno de los templos pertenecientes á dichas deidades, con agua tomada al efecto de la fuente principal. Los individuos á que me refiero, para concluir su devota excursión, llegaron á la caverna en que los encontré, y se adelantaron hacia el rincón oscuro en donde pronunciaron una breve plegaria. La madre levantó á la niña, que tenía apenas dos años y estaba desnuda como todos los hijos de los huicholes á esa edad. El padre, asiendo un par de flechas de la diosa en una de sus manos, vertió agua con la otra sobre la pequeñuela que berreaba con todas sus fuerzas: *Alí, Alí, alí!* (basta! basta! basta!); pero aun le faltaba recibir el bautismo final de la fuente de mayor importancia de la gruta. El hombre, llenando de agua fría una jícara votiva allí depositada, derramó con liberalidad el líquido sobre la niña que se retorció y vociferaba desesperadamente. Es necesario el último baño, porque hasta que no se ha recibido no se goza de las bendiciones que imparten todas las fuentes del valle.

Mi excursión resultó algo fatigosa, pero me dio oportunidad de comprobar un uso práctico del peyote. En circunstancias ordinarias, siempre me había parecido nausebunda la planta; pero entonces que me sentía con sed y cansancio, pude, no sin sorpresa mía, tragar sin dificultad algunas de aquellas rebanadas frías y ligeramente ácidas. No sólo me parecieron refrescantes y me mitigaron el hambre y la sed, sino que fueron capaces, al menos por el momento, de quitarme toda sensación de fatiga, y me sentí estimulado como si hubiese bebido un licor fuerte.

Aquel día me había desayunado con leche y arroz al amanecer, y no había tomado después sino como una onza de chocolate y tres pequeñísimas galletas; pero cuando

consumí poco á poco dos jículis de mediano tamaño, no experimenté ninguna fatiga, á pesar de haber estado en actividad todo el día y hallarme en convalecencia de un reciente ataque de malaria. También en Te-acata, al cargar mi cámara grande por quinta ó sexta vez, después de tomar como treinta fotografías, me invadió una fatiga tan grande que tuve que sentarme completamente desfallecido. El sol se acercaba al horizonte y crecían las sombras en el desfiladero. ¿Cómo emprender el ascenso? Me parecía imposible volver á donde había dejado mi mula, á distancia menor de dos millas, y los indios tampoco podrían llevarme á cuevas por rocas tan empinadas.

“Me quedaré á dormir aquí,” les dije. Pero ellos no me daban oído pareciéndoles incomprensible que no pudiera avanzar más. Determinaron llevarme agua y darme jículi, seguros de que con ello recobraría mis fuerzas, y por mi parte consentí en tomar su medicina, esperando volver á encontrar ayuda en la planta. Á toda prisa fueron al río y volvieron con un guaje lleno de agua, el cual, dada la costumbre de los indios de usar tales vasijas en común y la circunstancia de prevalecer entonces una fuerte epidemia de tos ferina (especialmente en los niños), no era de lo más á propósito para tentarme á beber. Desafiando, con todo, la tos ferina y cualquiera otro peligro que el bule pudiera ocasionar, vacié su contenido y me comí un jículi. El efecto fue casi instantáneo y pude ascender el cerro con toda facilidad, deteniéndome sólo de trecho en trecho para aspirar una bocanada de aire. Debo, sin embargo, confesar que cuando al anochecer llegué á donde estaba mi mula, tras una hora de andar, sentí que me hubiera sido imposible dar otro paso.

Me lavé la cara en el arroyo que por allí pasaba y monté sobre mi inteligente mula parda que, ávida de regresar, subió á toda prisa dejando pronto atrás á mis acompañantes.

Á toda persona poco acostumbrada á caminar en México de noche, le hubiera parecido aventurado recorrer una escabrosa ladera en medio de tal oscuridad y á paso tan rápido. Yo mismo, si no hubiese estado tan cansado, hubiera considerado más seguro desmontar en algunos puntos y marchar á pie; pero entonces, puse toda mi confianza en mi hábil y ligero animal. Las mulas ven de noche mucho mejor que los hombres; por otra parte, no me dejaba tiempo á reflexionar, sino que proseguía siempre adelante, como si ella también hubiera comido jículi, por la estrecha vereda que ascendía en rapido zigzag, y para colmo de peligro, saltó conmigo un banco de tierra de dos pies de altura, con lo que me vi expuesto á rodar con ella al fondo del abismo; pero nada malo ocurrió, y media hora después estaba en mi campamento.

Durante la noche, resentí los posteriores efectos de la droga, pues al cerrar los ojos comencé á ver imágenes de colores, consistentes en hermosos relámpagos y cabrilleos purpurinos y verdes. Sentía igualmente náuseas y no tuve apetito hasta la mitad del día siguiente, que me encontré enteramente recobrado.

CAPÍTULO X

EJERCITANDO LA PACIENCIA—UN METODO PRIMITIVO DE DESTILACIÓN—
LA NAVIDAD ENTRE LOS HUICHOLAS—SANTOS RICOS—CAMBIO DE
AUTORIDADES—FIESTA ESPECIAL DE LA LLUVIA—CORTESÍA INDIA
—LA LEYENDA DEL DILUVIO Y EL ARCA SANTA DE LOS HUICHOLAS—
ÚLTIMO RECURSO PARA QUE LLUEVA.

PRONTO recibí la visita del padre. Aquel sacerdote, el único que visitaba á los huicholes, era un joven de aspecto agradable de la hacienda de San Antonio. Según me dijo, iba cada año á Santa Catarina y á San Andrés para bautizar y casar. En esta vez, sin embargo, nada podría hacer, porque los indios estaban demasiado ocupados con sus disputas de tierras, y había resuelto, por lo mismo, marcharse al otro día.

No se resisten los huicholes á ser bautizados, pues teniendo también sus aguas sagradas, creen que no es por demás aprovechar las virtudes que á ellas les agreguen los blancos. Consienten de igual modo en que los casen, pero no consideran que el lazo del matrimonio sea más firme que sus propias costumbres. El obispo de Zacatecas, unos dieciséis años antes de mi visita, casó á varias parejas en el pueblo de San Andrés, pero al presente ningún hombre vive ya con la mujer con quien fue unido.

Un día, después de un baño especialmente frío en una gruta, tuve otro ataque de malaria, y durante mi prolongada estancia en Santa Catarina estuve bastante molesto por el debilitamiento que sigue siempre á esa enfermedad. Con todo, esforzándome en visitar los lugares de las cercanías que me había propuesto, los indios iban á verme á mi